

en su construcción las pautas exigidas por la ciencia experimental de la naturaleza. A este sujeto mensurante de la mecánica, sujeto apátrida y sin compañeros, le habría llegado el final. Pero semejante final significa en el fondo la emergencia de otro modelo diferente, ansioso de restablecer la integridad y la unidad en el seno de un sujeto real y efectivo.

En suma, y sin perder nunca el contacto con su raíz kantiana, la obra consigue matizar y enriquecer la conexión entre planteamiento trascendental del conocer y finitud constitutiva de la razón humana. Porque no se trata, en efecto, de registrar la limitación como una contracción o «decaimiento» de lo infinito, sino de hacer de ella «positividad en sí». El conocimiento es finito por la sencilla razón de que la objetividad es posible. En este terreno se haría patente el alcance metafísico del problema del conocer: renunciando a todo canon absoluto, admitir la finitud de la verdad es lo mismo que tomarse el tiempo en serio, hasta intro-yectarlo en la misma entraña del sujeto cognoscente y del mundo del sentido. Con semejante actitud, la reflexión crítica no renuncia en absoluto a la radicalidad que le es propia, es preciso subrayarlo una vez más. Justo al contrario, entonces es cuando de veras la asume, cuando desiste de seguir reduciendo el sujeto al puro *eidos-ego* de que nos hablaba Adorno.

Más allá de la finitud quedaría la soledad de lo inhumano. La obra del profesor Arce constituye la revitalización de una disciplina eminentemente filosófica, una disciplina a la que urgía un ajuste de cuentas con los supuestos heredados de la Modernidad, su tradición capital. Por eso nos felicitamos por su aparición.

Mariano Luis Rodríguez

RÁBADE ROMEO, Sergio, *Espinosa: razón y felicidad*, Madrid, Cincel, 1987, 268 páginas.

El libro del profesor Rábade se inscribe en la serie de monografías que la editorial Cincel ha dedicado a la Historia de la filosofía y que van del mito y los presocráticos a la actualidad. Su propósito es trazar una síntesis del pensamiento de Spinoza. A él responde el plan de la obra. Tras un perfil biográfico del filósofo (pp. 11-29), se estructura en tres partes: la epistemología o teoría del conocimiento (pp. 31-149), la metafísica o categorías del ser (pp. 151-228), y la ética y la política (pp. 229-260); como apéndice, dos breves textos para comentario y una selección bibliográfica.

Como este simple esquema deja adivinar, el autor evita dos escollos harto frecuentes en los intérpretes de Spinoza: hacer un análisis cronológico de sus obras o limitarse a una lectura lineal de las cinco partes de la *Ética*. En el primer caso, las repeticiones son constantes y no se llega a ver el sistema; en el segundo, se minusvaloran los otros escritos, mientras que la *Ética* se convierte en un corsé que priva al lector de libertad de movimientos. Lejos de seguir una de esas dos vías, vías estrechas y de cercanía, Rábade contempla a Spinoza desde su época y desde toda su obra. Especialista en la filosofía moderna (monografías sobre Oc-

cam, Descartes, Hume y Kant), proyecta con frecuencia las ideas de Spinoza sobre su entorno cultural, especialmente Descartes, Bacon y Hobbes. Familiarizado, desde hace muchos años, con la obra del gran metafísico racionalista (recuérdense algunos de sus escritos, cuya huella es patente en la presente monografía: *Las categorías básicas del pensar espinosista*, 1975; *Teoría de las ideas en Espinosa*, 1979; *El geometrismo como método en Espinosa*, 1982), no limita sus análisis al *Tratado de la reforma del entendimiento*, del que ofrece una visión perspicaz (p. 62-83), y a la *Ética*, sino que los extiende a los dos tratados políticos, a los *Pensamientos metafísicos* e incluso a la *Correspondencia*. Si a esto se añade que el texto recoge un centenar de citas literales, con frecuencia extensas y siempre con sentido pleno, y que en temas debatidos aduce la opinión de otros especialistas, como Brunschvicg y Wolfson, Delbos y Gueroult, Parkinson, Harris y Floistad, Misrahi, Deleuze y Matheron, se comprenderá el sentido de nuestra afirmación. No se trata, sin embargo, de una exposición genérica, proclive a la disquisición personal, sino de una lectura densa en contenido y guiada en todo momento por el texto original. Reseñemos sus temas principales.

La *introducción* proyecta la figura de Spinoza sobre el marco de la Holanda del siglo de oro, presentándolo como «un cartesiano anticartesiano» (p. 17) y un «pensador totalizador» (p. 24), que intenta conciliar la unidad con la diferencia y, lo que es más difícil, engendrar la felicidad humana del «amor intellectualis Dei» sobre lo que Rábade llama el «lecho procústeo» de una metafísica racionalista y determinista (p. 25-9).

La primera parte trata con detalle los grandes temas de la *epistemología* spinoziana y sus problemas de interpretación: los grados de conocimiento, el método y las ideas. ¿Son tres o cuatro los grados de conocimiento y es la razón de la *Ética* la misma del *Tr. ref. entendimiento*? ¿Cuál es la diferencia exacta entre nociones comunes e ideas generales, entre idea verdadera e idea adecuada? Si las ideas son «conceptos» o producto de la mente, ¿en qué sentido son idea la mente que las produce y la imaginación que es pasiva? Estas y otras preguntas conducen al autor en su análisis. Pero lo que centra su atención y señala el rumbo de su lectura, es el tema del método, el geometrismo de Spinoza. Según Rábade, el método geométrico, por el que se construye todo un sistema a partir de un reducido número de definiciones, es intrínseco a la metafísica spinoziana, según la cual de la sustancia infinita fluyen infinitas cosas de infinitos modos con la misma necesidad con que de la naturaleza del triángulo fluyen sus propiedades (cfr. E. I, 16-7, etc.). Ese método, definido por Meyer en el prefacio a los *Pr. fil. Descartes* y puesto en práctica por Spinoza en la *Ética*, cabría descubrirlo ya, en cuanto deductivo y genético, bajo el método reflexivo del *Tr. ref. entendimiento* (P. 98).

Desde esta perspectiva epistemológica es abordada ahora la *metafísica*. Desde el primer momento, el autor adopta «una actitud de humildad» a fin de comprender a Spinoza antes de criticarlo (p. 153). Efectivamente, Rábade describe la metafísica spinoziana, prototipo o tópico histórico del monismo, como una estructura arquitectónica y dinámica. En un capítulo, de corte más clásico, expone las categorías fundamentales: Dios (con sus sinónimos: totalidad, infinito y sustancia) y la triada descendente de sustancia, atributos y modos; y en otro, las categorías funcionales, entre las que sitúa las ideas de proceso, determinismo, paralelismo y conatus. No se trata de dos series independientes, ya que las categorías dinámicas no son sino la forma de actuar las ontológicas, llamadas fundamentales, porque de ellas deriva todo el resto. No creemos tergiversar el pensa-

miento del autor, si decimos que la sustancia como esencia «actuosa» es proceso esencial, que los atributos son por naturaleza paralelos y que los modos se definen como conatus individual; el determinismo sería la ley que rige todo el sistema así articulado. ¿Significa esto que Rábade entiende el sistema de Spinoza como un reloj cuyas articulaciones y movimientos son perfectamente armoniosos? En absoluto. Aunque su actitud, rigurosamente hermenéutica, le conduce a entender los textos, antes de criticarlos, no deja de formular sus dudas ni de señalar sus posibles «fisuras» y «limitaciones» (p. 115-6). El geometrismo es un ideal racionalista, cuyos límites ha visto el mismo Spinoza y que es patente en la (no)-deducción de los modos finitos o cosas singulares: baste decir que la *Ética* no parece ser obra de la intuición, sino de la razón (cfr. pp. 46, 92-3, 112-9, 185-8, 206-9, etc.). Otro tanto cabe decir del paralelismo, concepto íntimamente ligado con el anterior y con la idea misma de verdad: ¿cómo se concilia el realismo (idea distinta de su objeto o «ideatum») con una distinción puramente de razón entre los atributos, y un paralelismo riguroso con el conocimiento parcial de nuestro cuerpo? (pp. 175-9 y 214-7). Pero donde el autor ve mayor dificultad, es en cómo puede conciliar Spinoza el determinismo (no contingencia, ni indiferencia, ni finalidad) con una ética salvífica, fundada sobre el «lecho procústeo» de la libre necesidad, es decir, del deseo de conocer las cosas mediante la intuición intelectual (cfr. 25, 88, 116, 154, 201-9, etc.).

Efectivamente, Spinoza no ha pasado a la historia como un filósofo «ético», porque en el spinozismo «no hay una teoría ética estrictamente tal» (p. 231). No obstante, en el escaso espacio que los límites editoriales le han dejado, en la tercera parte, para la *ética y la política*, Rábade indica los grandes hitos de la vía ética spinoziana: el conatus como virtud primera y la felicidad como término, en el primer caso; superación de los instintos naturales por la razón política y equilibrio entre el absolutismo del Estado y la libertad intelectual, en el segundo.

Aunque el propósito del autor era exponer sólo «algunos núcleos temáticos» (p. 26) de la obra spinoziana, su perspectiva y manejo de textos son tan amplios que tan sólo deja fuera de su alcance la teoría de las pasiones y de la religión. Si a ello añadimos que sabe conjugar la claridad en la exposición con el rigor en el análisis, el talante comprensivo con el sentido crítico, nos haremos una idea del contenido y del método de esta monografía. Viene, pues, a *completar* las obras, más especializadas y parciales, de Peña (1974), Falgueras (1976) y Tejedor (1981), así como las traducciones de Hubbeling, Misrahi, Deleuze, etc. Con la traducción de las *Obras de Spinoza* al castellano (sólo falta el *Tratado breve*), a cargo de Alianza Editorial, las monografías aludidas y varias decenas de artículos el lector de nuestro idioma cuenta hoy con los medios para acercarse a la obra del gran pensador moderno, de los que hace tres lustros carecía. Por la dirección de tesis, los artículos arriba citados y esta excelente monografía, el profesor Rábade ocupa un puesto destacado en el renacer de los estudios spinozianos en nuestro país.